

Martín Heidegger y el lenguaje de los filósofos (1)

Que Heidegger es siempre profundo, me parece que está fuera de duda. El problema en él se formula más bien a la inversa, si es no demasiado profundo, si no le tortura una cierta búsqueda de lo profundo. No hay ninguna duda sobre que la filosofía es una vida "de profundis". Pero, ¿es sólo eso? ¿No es la Filosofía también un viaje al abismo y, ciertamente, un viaje de ida y regreso? ¿No pertenece a la coyuntura filosófica la doble delicia de sumergirse en lo profundo del abismo, pero con la intención de emerger de nuevo desde él y traer lo profundo a la superficie, como el buzo de la costa de Comandante retorna de lo profundo del mar y entre los dientes trae la escondida perla? No queremos olvidar lo que nos dijo el gran Husserl el año 1911: que la Filosofía hoy considera como una deficiencia lo que siempre se le alabó —la profundidad. En ella se trata, precisamente, de hacer patente lo profundo, "conceptos claros y distintos", como decía Descartes. Que nosotros hoy no seamos justamente nada cartesianos, no cambia tal designación. Filosofar es ambas cosas, penetrar en lo profundo y traer a la superficie, es el denodado ímpetu de invertir la realidad y hacer que lo profundo se convierta en superficial.

A juzgar por las apariencias, hay muchos alemanes que tienen a Heidegger por un escritor muy malo, que tortura la lengua ale-

mana. Yo respeto esa opinión en la estricta medida en que yo no participo de ella. A mí me parece que Heidegger posee un maravilloso estilo. Sin duda que comprendo muy bien a muchos hombres, que creen lo contrario, porque no tienen en cuenta una importante distinción. El buen estilo tiene muchas maneras de expresión, pero hay especialmente *dos*, que tienen que contraponerse aquí. Hay, de hecho, el buen estilo *literario*, el estilo del escritor, del que es seriamente escritor, y hay el buen estilo *filosófico*. Heidegger no es un escritor en el sentido predominante de esta palabra, pero, en lugar de eso, tiene un maravilloso estilo filosófico.

El pensador no es un "escritor". Esta palabra "escritor" es bastante estúpida, como es estúpido por lo demás, por lo menos un tercio del diccionario en todas las lenguas. El lenguaje que nos revela tan profundas y finas verdades, contiene un número casi igual de grandes estupideces del tamaño de un puño. Seguramente, el pensador escribe o habla, pero él utiliza el lenguaje, para expresar sus pensamientos tan directamente como sea posible. "Decir" es para él "dar nombres". Sin embargo, no permanece en las palabras, no queda pegado a ellas. Sin embargo, el verdadero escritor no ha venido al mundo, precisamente, para pensar, sino, precisamente, para hablar, o, como dijeron los griegos, para "hablar bien" (*eulegein*). Este "bueno y bello hablar" es también una gran cosa, tan grande que al final de la Civilización Antigua, cuando todo había zozobrado y perecido, sobre la marea gigantesca de cosas

(1) Este artículo, inédito en español, fué publicado originalmente en alemán en la revista *Universitas*, septiembre de 1952, cuaderno 9. Ha sido traducido por el profesor Francisco Soler Grima.

destruidas, sólo queda flotando un resto viiente y este fué “el buen hablar” —la Retórica.

El lenguaje y el pensamiento están en ambos casos —en el pensador y en el escritor— en una relación contrapuesta. En el escritor asume el *lenguaje* el primer lugar, que corresponde a lo esencial. Los pensamientos quedan en lo profundo, así como el subsuelo del *humus* vegetal, es el subsuelo para la florrecilla. La misión del escritor no es pensar, sino decir, y es un error creer que el decir sea un medio y nada más. Lejos de ello, es el arte de decir, en realidad, un decir sustancializador, es un “decir-en-torno-del-querer-decir”, es un “tener-ganas-de-decir-algo”.

En el pensar se transmuta el lenguaje en un puro portador de ideas, de tal manera que sólo éstas quedan visibles o deben quedar visibles, mientras que el lenguaje está determinado por la posibilidad de desaparecer. Y es completamente claro por qué resulta en uno y otro caso esta relación contrapuesta. El poeta, el escritor no se siente —ni debe ni puede sentirse— solidario con lo que él dice, a saber, con lo pensado que él expresa. Cuando el poeta catalán López Picó, dice del ciprés “que es el espectro de una llama muerta”, su persona no está unida radicalmente con esa su expresión, él no ve esa afirmación como algo que pudiera transformarse en una tesis. Pero, todo lo que el pensador dice, se convierte automáticamente en tesis, y él se siente a sí mismo solidario con su decir. Lo maravilloso, lo divino en la poesía es precisamente que no es obligatoria. La poesía es la potencia liberadora. Nos libera de todo y esto lo consigue, precisamente porque ella nos hace ser libres de ella misma. Que dos y dos sean cuatro, es siempre algo triste, porque no nos permite que sean tres o cinco.

El pensador se encuentra frente al lenguaje en una situación bastante dramática. Pues, pensador es quien descubre y pone al desnudo la realidad, que *nadie* anteriormente ha visto. Pero, el lenguaje se compone de seña-

les, que designan las cosas, que todos han visto y conocen. Es un órgano de la *colectividad*, y la tan nombrada “alma colectiva”, encierra sólo lugares comunes, ideas, que todos comúnmente conocen. Entonces, ¿cómo podrá el pensador enunciar lo que *él* sólo ha visto? ¿Y no es solamente decir a los otros, sino ante todo también a sí mismo? Una visión que él aún no ha formulado, es, incluso para aquel que la hace nacer, una visión incompleta, es sólo una visión a medias. El pensador no tiene otra salida, que crearse un lenguaje, para entendedérselas consigo mismo. El no puede utilizar *el* lenguaje, que siempre es ya el lenguaje común. El no puede ni debe partir como el poeta del tesoro de palabras fijo y popular. Pero si inventa palabras completamente nuevas, no será entendido por nadie. Si él se atiene a las palabras habituales, no conseguirá decir su nueva verdad. Lo peligroso ante todo es —y esto es lo que se hace frecuentemente— el buscar refugio en palabras, que fueron empleadas por antiguos pensadores y que existen petrificadas en simple terminología.

Se olvida fácilmente que el pensador —y no hay más pensador que el que crea pensamientos—, además de su genio analítico, tiene que poseer aún otro don peculiar, *denominar* sus hallazgos. Este don es un don de la palabra y, por consiguiente, un don poético. Yo lo llamo “el don denominador”. Se han dado geniales pensadores que no poseyeron este don, que se torturaron con la más lamentable desnudez. Dilthey es un caso notable de ello; nunca pudo decir con concisión lo que vió y por eso no alcanzó a tener influencia en su tiempo como filósofo. Husserl, por el contrario, poseyó una potente inspiración denominadora.

Siendo las cosas así, tiene que preguntarse: ¿En qué puede consistir un buen estilo filosófico? Mi opinión al respecto es que el pensador sorteja las terminologías vigentes, se zambulle en el lenguaje común, pero no para emplearlo sin más y tal como es, sino para formarlo de nuevo en sus propias raíces

lingüísticas en el tesoro de la lengua y frecuentemente en la construcción de la frase. El caso concreto que nos presenta el estilo de Heidegger, aunque es muy exagerado, se puede considerar como el caso normal de todos los grandes filósofos, como buen estilo. Consiste en lo siguiente:

Toda palabra suele tener una pluralidad de significaciones, que, en capas, tienen lugar en ellas. Unas significaciones son superficiales y cotidianas, otras son profundas y están ocultas. Heidegger atraviesa el sentido externo y habitual de la palabra y lo destaca. Por presión, él hace emerger desde lo profundo de la palabra la significación fundamental, de la que provienen las significaciones más superficiales, que al mismo tiempo encubren a aquélla. Así es la finitud no sólo una delimitación, que pertenezca al hombre, sino que es el hombre mismo, e incluso todo lo contrario: ente fin o ser como fin, con lo que éste —el fin— no queda fuera del hombre, como los límites habituales, sino que constituye su misma esencia. De hecho, comienza el hombre desde el momento en que nace, también a morir, como decía Calderón, él comienza, pues, a terminar y vive *de* su muerte.

Esta bajada a los senos profundos, a las entrañas ocultas de la palabra, se hace —yo lo hago desde mi primer libro, *Meditaciones del Quijote*, 1914— para encontrar con ello en la palabra, su etimología, o, lo que es lo mismo, su sentido más viejo. Todo el que ha leído a Heidegger tiene que haber sentido el gozo de tener ante sí a la palabra habitual en una transmutación, que hace revivir en ella a su más vieja significación. Un gozo porque nos ocurre como si nosotros sorprendiéramos a la palabra en su *status nascendi*, aún caliente por la situación vital que la produjo. Y al mismo tiempo recibimos la impresión de que la palabra, en su significación actual apenas si tiene sentido, que significa cosas cotidianas y que, por decirlo así, está vacía. Pero, en Heidegger se llena la palabra habitual repentinamente, se llena has-

ta los bordes, se llena con sentido. Más aún, nos parece como si el empleo cotidiano traicionara la palabra, la maleara, y como si ahora por primera vez retornara su sentido real. Este sentido real es lo que los antiguos nombraron el *etymon* de la palabra.

La *Lingüística positivista* de comienzos de este siglo no admitía que hubieran serias razones para hablar de que las palabras tuvieran un sentido “real”, en contraposición a otras significaciones, que no son las reales. El Positivismo aplanó el Universo, lo hizo todo igual y con ello, lo vació. Sin embargo, es seguro que las palabras tienen, indudablemente, una significación preeminente, una *significación elevada*, o una auténtica significación, esto es, la significación que tuvieron cuando fueron creadas. La dificultad estaría, haciéndose el camino hacia atrás, en llegar a hasta donde se la descubra. Nuestra tarea sobre ello comúnmente queda detenida a mitad de camino, pero es claro que toda palabra originariamente es la reacción lingüística o de palabra a una típica *situación vital*, según eso, pues, no es algo anecdótico o casual, sino algo constructivo en nuestra vida. Los mecanismos de la Metonimia, de los cambios de significación, que, en buena parte, son estúpidos, expulsan este sentido originario y vital, e introducen en su lugar cualesquiera significaciones, que la irracional casualidad hizo caer sobre la palabra. El sentido que ha tenido la palabra “león”, que se empleó un bello día para designar a la potente fiera, tuvo que ser maravilloso, pero es estúpido que hoy sirva para denominar a los Papas. Que a los grandes pastores de almas se los exponga como leones es un asunto ricamente barroco.

El estilo filosófico de Heidegger, que tan excelentemente bien indicado es, consiste ante todo en etimologizar, en acariciar la palabra en su más secreta raíz. De ello viene también que el placer tiene un carácter nacional. Pone en contacto inmediatamente al lector con las raíces de la lengua alemana, al mismo tiempo que con las raíces del “al-

ma colectiva" alemana. ¿Cómo puede haber lectores alemanes, que estén tan dormidos que no sientan y reconozcan el placer a que llama la prosa tan potente de Heidegger? Precisamente el hombre alemán tendría con más fuerte vitalidad que sentir placer en llegar a una más estricta relación con las raíces de su lengua. Fichte, para quien el exagerar fué una necesidad vital como el respirar, dijo en cierta ocasión, que las lenguas latinas frente a la lengua alemana, son lenguas muertas, pues las lenguas románicas tienen raíces, que son extrañas para los hombres que las hablan. Son raíces del hombre latino; los pueblos actuales no las comprenden, no pueden estar con ellas en una referencia estricta; sólo a través de la Ciencia del Lenguaje llegan hasta ellas. Quizás Fichte tenía un poco de razón, aunque él no vió que esta falta de las lenguas románicas, que hace de ellas en cierta medida lenguas aprendidas, otorga fuerzas e incentivos, que faltan a la lengua alemana.

Un estilo filosóficamente bueno, fué maneramente muy poco frecuente. El tema está aún intacto. Nadie se ha ocupado, por lo que yo sé, del "estilo filosófico" y su historia. Si se hiciera, se llevaría uno muchas sorpresas. *Aristóteles* poseyó en sus obras esotéricas un estilo filosófico maravilloso. Quien comprendiese cómo es el estilo de *Aristóteles*, prestaría atención a la prosa de *Brentano*, que es un ejemplo completo y notable de una buena y filosófica escribiduría. En los escritos esotéricos *Aristóteles* imitó a *Platón*. Pero *Platón* —no es culpa mía, que algo suene tan claro como una paradoja— no tenía un buen estilo filosófico. Fué demasiado escritor. Hay ciertamente, en su obra múltiple, algunos pasajes, que muestran buen estilo intelectual, pero en el mayor número de sus escritos es corriente su manera de hablar, literaria y no filosófica. A pesar de muchos fragmentos, en los que él es un maravilloso escritor, incluso nunca consideraron los griegos a *Platón* como un "buen escritor", esto es, como un escritor "ático". Esto podría disgustarnos, si nosotros quisiéramos disgustar-

nos, pero no vale la pena. Indudable es, sin embargo, que los griegos vieron en *Platón* un escritor "barroco". Lo que nosotros llamamos de esa manera, llamaron los griegos "asiatismo", al estilo de volutas y riqueza ornamental. Reprocharon a *Platón* de "asiatismo".

Todo esto está en relación directa con una cosa más amplia y admirable —lo más admirable está especialmente en que aún no se la ha observado y aún no se ha discutido sobre ello. Aunque la Filosofía es un quehacer espiritual tan importante, no ha poseído realmente un *genus dicendi*, un género literario propio, adecuado y normal. Yo me refiero, naturalmente, a la Filosofía en cuanto es creación. Todo pensador genial tuvo que improvisar su género. De ahí, la fauna, literariamente extravagante, que nos ofrece la Historia de la Filosofía. *Parménides* viene con un poema, mientras que *Heráclito* chispea con Aforismos, *Sócrates* conversa, *Platón* nos inunda con la gran corriente de sus *Diálogos*, *Aristóteles* escribe los rigurosos capítulos de sus *Pragmateiai*, *Descartes* comienza dejando correr su teoría en una autobiografía, *Leibniz* se pierde en sus breves tratados en las innumerables figurillas del siglo XVIII, *Kant* nos asusta con su *Critica*, que es, desde un punto de vista literario, una enorme máquina, tan complicada como el reloj de la catedral de Estrasburgo. Especialmente cuando la Filosofía dejó de ser creadora y se convirtió en disciplina, en enseñanza y en propaganda —esto es, en los estoicos—, se inventaron los géneros populares, la "introducción", el "manual", la "guía" —*eisagogé, enchiridion, exégesis*.

Esta incapacidad de la Filosofía para encontrar un género normal, en el que poder enunciar, de manera adecuada, su visión, tiene sin duda razones profundas, que yo hoy no quiero investigar más cercanamente. Por ello no debe sorprendernos demasiado una extravagancia en los modos de expresión filosófica, tampoco debe sorprendernos que a *Heidegger* se le ocurra transformarse en un ventrílocuo de *Hölderlin*.